



## ¿Cómo Dijo?

Julián Monge Nájera, Editor de la *Revista de Biología Tropical*

Es bien conocido que un anciano de 75 años de edad de la tribu Mabann del Sudán, escucha mejor que un estadounidense de 25 años. La causa también es conocida: la contaminación por ruido en la sociedad industrializada, pero otros hechos igualmente elocuentes son menos conocidos.

La primera evidencia de que incluso el ruido normal en la ciudad daña nuestros oídos, fue accidental.

Un médico holandés retiró del oído de su paciente un algodón que accidentalmente permaneció allí 32 años. ¡El oído así protegido funcionaba mucho mejor!

Estudios posteriores demostraron que los ruidos fuertes producen fatiga, náuseas, disminución del deseo sexual y de la capacidad visual, contracción de los vasos sanguíneos, aumento del colesterol y un breve incremento de la presión sanguínea.

Se ha exagerado mucho sobre los efectos mortales del ruido, que difícilmente transmite suficiente energía como para matar a un ratón.

Curiosamente, el más peligroso no lo podemos escuchar: los sonidos de muy baja frecuencia pueden producir dolor de pecho, náuseas, ahogo, tos, visión borrosa y otros efectos muy poco simpáticos.

Sin embargo, se cree que fue el ruido de un avión supersónico lo que en 1968 derribó un inestable depósito de cebada que mató a tres campesinos franceses cerca de Cannes.

Un ruido similar derribó a Richard David (tres años de edad) de su caballo, en Inglaterra. La Real Fuerza Aérea debió pagarle el equivalente de \$58.44 en 1968, convirtiéndolo en la primera persona en ser indemnizada por daños debidos al ruido.

Quienes murieron en accidentes del Comet,-primer avión comerciar a reacción, también fueron víctimas del ruido, que dañaba gravemente el fuselaje.

Finalmente, G.F. Avant fue asesinado en 1967 en Chicago por un vecino que se hartó de la ruidosa fiesta que mantenía Avant. En estos sentidos el ruido sí puede matarnos.

Aunque la música suave ayuda a concentrarse y puede tranquilizar, la UNESCO reconoció el derecho al silencio en 1969.

¿Cómo podemos protegernos de la contaminación sónica? En primer lugar, Eliminando los ruidos innecesarios. El público suele preferir aparatos ruidosos porque cree que son más potentes, llegando al estúpido extremo de poner “roncadores” en vehículos que obviamente se han escapado del chatarrero

En segundo lugar, podemos alejarnos. Una buena medida es alejarnos de salones donde la música sea exageradamente alta, y decirle al dueño que nos vamos por eso, lo cual le dolerá en su billetera.

En tercer lugar, podemos amortiguar el ruido. En las construcciones, funcionan bien las paredes dobles con aire o aislante sonoro en medio, tuberías eléctricas flexibles, vidrios dobles en las ventanas, bordes de fieltro en las puertas, uso de muebles acolchados, revestimiento acústico en las tuberías (montadas en cojinetes flexibles), y cañerías con pocas curvas y diámetro constante.

En emergencias podemos protegernos los oídos con tapones de algodón impregnado en cera (reducen el ruido en 32 decibelios).

Ese fue el secreto de John Fitzgerald, roquero de los **Caravelles**, para protegerse durante los conciertos. Uno de nosotros hace lo mismo, ¡y puede decir con orgullo que a pesar de mis 33 años escucho tan bien como un sudanés de 50!